

# LA CONFIANZA COMO ACTITUD BÁSICA EN LA VIDA DEL CREYENTE

*(Charla en la parroquia de san Pedro de Puerto de Sagunto el 23 de marzo de 2014)*

---

## INTRODUCCIÓN

Tener fe, creer en el Dios completamente Uno y único, ¿no requiere, acaso una actitud de radical confianza en la vida? La confianza radical es una actitud básica de aquel que ha dado su sí decidido y comprometido a Dios. Actitud mantenida en la inevitable encrucijada de la vida, ante el desvalimiento de la prueba, y en ocasiones, ante la absurdidad que conlleva la dificultad, con la tentación de claudicar y sucumbir. Confiar, ¿no es abrirle a Dios nuestro ser, ofrecernos como terreno disponible a ser preparado para siembra y cultivo de las semillas del Reino?

En la vida todo depende de un sí radical a Dios, un sí dado en la más absoluta confianza y total abandono, un fiarse de Dios y orientar la vida, no obstante todas las dificultades y obstáculos, hacia un plan, que ya nunca será el nuestro, sino solo el proyecto de Dios sobre mí, y para la humanidad entera. Vivir confiados y consagrados a una tarea para siempre, que es el plan salvífico de Dios que nos trae Jesús, y por el cual, Él mismo ha consagrado toda su vida; una existencia fundamentada en el amor a Dios su Padre, y en el amor a la humanidad, sus hermanos.

Jesús es el Dios encarnado, el hombre para los demás. Él mismo se presenta y define, en el evangelio de Juan, como: camino, verdad y vida (Jn 14,6). Nuestro sí confiado a Dios pasa por Jesús, y en Él halla el sentido profundo y el modelo perfecto de una entrega total que ya no tiene vuelta atrás: «el que pone la mano al arado y sigue mirando atrás no es apto para el Reino de los cielos» (Lc 9,62).

El sí radical a Dios en el decidido seguimiento de Jesús, exige definirse: querer ser como Jesús, elegir una vida para el evangelio, para estar disponibles a una permanente transformación, porque Dios llama a un proceso libertador, a un vivir desinstalados, siempre a punto para emprender el camino.

El proyecto de Dios para la humanidad reflejado en el espíritu de las Bienaventuranzas, pone a la persona en actitud de atención, abre a una segura confianza de que una humanidad nueva es posible. «El que es de Cristo es una criatura nueva» nos dice Pablo (2Co 5,17). Pero, no nos engañemos, el creyente solo llega a ser persona nueva en plenitud asumiendo el sufrimiento, la noche oscura en la prueba, hasta la cruz, hasta la muerte también.

## EL LIBRO DE LA CONFIANZA: LA BIBLIA

Contemplar, leer y orar la Biblia, aun cerrada, ella, en sí misma, emociona y conmueve...

Abriendo sus páginas, nos hallamos con los hombres y mujeres de fe confiada en Dios, aquellos que entraron en su amistad: Abraham, Moisés, los profetas. La fe de todo el pueblo de Israel. María, su fe hecha del "Fiat" bellamente expresado en el Magníficat. La fe de Jesús, su cariño entrañable a Dios su Padre bueno. La fe de todos los personajes que narran las páginas bíblicas. Todo este conjunto histórico, épico, profético, sapiencial, orante, apocalíptico, evangélico, epistolar, salvífico al fin... va configurando la fe personal, en la que, la

confianza va siendo, progresivamente, la actitud básica que sostiene toda la vida en el largo peregrinar de la fe.

Fe y confianza se amalgaman porque se necesitan. Para confiar hay que creer, y creer requiere confianza. La fe necesita de la confianza para hacerla camino de vida y hallarla veraz. Fe y confianza son la gracia heredada de generación en generación, que configura la manera de ser y hacer de todas aquellas gentes que formamos el pueblo de Dios, que cree y se fía de Él.

Para los padres-madres de la fe primerísima, creer, confiar, ¿no fue acaso una desconcertante y arriesgada aventura, personal y comunitaria? Fue, efectivamente, la actitud decidida, la opción personal, de poner todo su ser en las manos de Dios, con la confianza de que, esa historia que se iniciaba por la fe, la llevaba Él, la construía Él, la acrecentaba y, un día, la concluiría desembocando confiada y felizmente en sus manos. Ahí se halla la clave de la más osada muestra de la absoluta confianza.

Sabemos que la Biblia es el libro que proclama las misericordias de Dios en forma de historia libertadora para su pueblo. También es el libro que describe: los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres y mujeres de todos los tiempos, sobre todo de los más pobres y desfavorecidos (Vaticano II). La Biblia es Palabra de Dios y hogar para la humanidad, la casa de los hijos. Porque la bondad misericordiosa de Dios tiene puesta la mirada sobre lo menesteroso de los hijos e hijas que Él ha creado. Dios mismo se preocupa de las desgracias que sufren, y abre para sus hijos un camino de liberación y salvación. En la Biblia nos hallamos inmersos, porque ella contiene la historia de la fe de toda la humanidad, desde su comienzo hasta el final. Es una historia de fe que se sigue escribiendo, y en ella todos nos podemos espejar.

## **ORÍGENES: LOS PADRES DE LA FE**

En los albores de la historia de salvación hay una llamada: «sal de tu tierra», y una promesa: «yo te daré una tierra y una descendencia». Dios ha escogido un hombre, la iniciativa siempre parte de Dios, y ha puesto su mirada en Abraham. Él es el padre de la fe. Dios le pide salir de su tierra, de su casa y parentela, a una tierra que le iba a dar. Abraham obedece y se pone en camino. No hay ley ni referencia, solo Dios y su amigo, un diálogo de amor en el que Dios compromete para siempre su fidelidad. Para Abraham lo fundamental es la confianza en Dios. Es básica la incondicional fe que confía.

La Biblia hebrea entiende la fe como: estar firme, creer, confiar. No como un tener por verdadero lo indemostrable, sino como confianza inquebrantable en una promesa irrealizable por medios humanos, tales como fidelidad, como fiabilidad, veracidad, como «Amén», estar afianzado, configurado.

Para Abraham recorrer este camino fue abrirse a una osada confianza del corazón, con la seguridad de que no iba solo, de que Dios lo llevaba de su mano, iba guiando su recorrido siempre. Dios quiere de Abraham una actitud de confianza absoluta hacia Él. Y la confianza le dio seguridad. Dios lo halló fiel y lo introdujo en su amistad. Los amigos de Dios que se han fiado de Él, han transformado la historia de la humanidad. Y nosotros somos del grupo que busca al Señor, continuadores de la obra salvadora de Dios para toda la humanidad.

Si con Abraham se recibe la promesa de la tierra y una descendencia, junto a él está Moisés como figura conductora central del pueblo, el portavoz de la voluntad de Yahvé y guía del pueblo.

El Éxodo es el acontecimiento dominante, central y fundacional de la historia de Israel. Es recordado como el suceso constitutivo que dio lugar a su existencia como pueblo. Fue desde el principio el centro de su confesión de fe, de la confianza en el Dios de la Alianza que se ha comprometido a hacerlos su propiedad personal y a ser su Dios.

Es importante destacar cómo el origen de la religión de Yahvé está en conexión con un proceso de liberación. Junto a la promesa dirigida a Abraham es básico el recuerdo (profundizado y enriquecido sin cesar) de una liberación del pueblo de la esclavitud de Egipto. La fe de Israel lo leerá más tarde y lo entenderá como una elección, liberación y salvación del pueblo, atribuida a solo Dios. Israel vio en esta liberación la certeza absoluta de la voluntad salvífica de Dios. Yahvé se les ha revelado como un Dios fiel y libertador, que no quiere esclavitudes, libera a los suyos y los invita a unirse a sí, con ligaduras humanas, con lazos de amor.

Asumir todo el itinerario del Éxodo, sabernos peregrinos. Seguimos siendo peregrinos con toda la precariedad de la intemperie. Si en el desierto la «nube» guía el camino, hoy somos guiados por el Espíritu de Jesús Resucitado. Ya no es la nube guiadora del camino, delante está el Crucificado-Resucitado que se ha hecho camino verdad y vida. Mas, esta seguridad pasa por la purificación de la noche oscura de la fe; una oscuridad que en ocasiones puede ser horrorosa: hambre, sed, soledad, mordedura de serpiente, deseo de claudicar, la murmuración como único y mezquino diálogo que mantenemos con nosotros mismos y con Dios; soberbia, desaliento. Perseverar orantes y confiados en estas condiciones de noche oscura y sequedad, será gracia transformadora y resurrección liberadora. Muerte-resurrección es la constante de la realidad humana en esta vida, y solo la fe da una visión e interpretación de confianza segura en el Dios Padre de Jesús, asumiendo de antemano que nuestro proceso terreno puede ser un fracaso. Jesús en la cruz, en lo puramente humano, es el gran fracasado. La victoria de Dios en Él es la resurrección, y esto es solo en la verdad de la fe, no en la materialidad de lo evidentemente histórico. Nuestra evidencia en el Resucitado es siempre en la certeza de la fe oscura. Claridad de nuestro día también, pero no evidencia demostrable.

Y Dios quiere ser creído y asumido por la confianza plena en esa oscuridad de la fe, y la oscuridad repugna nuestra sensibilidad. En lo puramente humano, es decir, por la razón humana, esto nos excede. La carne es débil y la prueba debilita nuestras energías. Todo lo que se produce en la noche oscura de la fe estremece el sentimiento natural, hace temblar los sentidos, nos descoloca, nos lanza al vacío de la inseguridad. Es en la oración confiada donde podemos reclamar la presencia del Espíritu del Resucitado que quiere obrar en nosotros un «Fiat» grande como el de María, en la confianza al Padre. La fe queda probada ante la imposibilidad de resolver nada por la razón humana, cuando fallan los cimientos de lo puramente razonable, la fe es la base fundante de nuestra confianza en Dios. Es el puro abandono en la noche oscura, como Jesús en el desierto y en Getsemaní, esperar confiadamente sin ver, sin entender. Asumir la absurdidad. Y en la noche, la oración y la confianza como único agarradero.

En la intemperie del desierto se aprende a vivir de lo básico, de lo necesario para subsistir, coger cada día la ración para la sustentación de la vida, ni más ni menos, lo justo; lo sobrante le pertenece al pobre, al hambriento, al desvalido. Asumir una vida sencilla y

humilde, no de precariedad, sí de dignidad, la de hijos en la casa del Padre, donde se vive a placer, derecho de todo ser humano en este mundo, de la dignidad humana, de felicidad como hijos del tal Padre.

## **LOS PROFETAS**

Los grandes profetas bíblicos se consideran a sí mismos como hombres situados de forma absolutamente personal ante Dios. La característica concreta de la actitud básica de los profetas es la fe que confía. Ellos abren una puerta a la esperanza y la confianza para el futuro. El profeta es el hombre que, olvidado de sí, se adhiere al proyecto de Dios en favor de los hermanos.

Los profetas surgen en los momentos de crisis, cuando la religión se desfigura a causa del sincretismo, el culto idolátrico y la mundanidad. En un contexto social en que abunda la injusticia a causa de los poderosos que se apoderan sin escrúpulos de las riquezas, y la monarquía se aleja de la religión, los profetas se presentan desafiantes como los defensores de los pobres y débiles reclamando la justicia de Dios para ellos.

En su tiempo no fueron escuchados, pero sus palabras se conservaron. Serán releídas en épocas posteriores y sirvieron de luz guiadora para iluminar el futuro. La fe confiada de estos hombres alentó los ánimos decaídos de los deportados, ellos confrontaron la fe e infundieron una nueva esperanza para una era nueva, en la seguridad de que Dios sigue en medio de ellos.

## **LA PLENITUD DE LOS TIEMPOS: NUEVO TESTAMENTO**

La plenitud de los tiempos surge de lo muy pequeño, de lo menesteroso. No de las grandes gestas, no de las atronadoras teofanías que narra con frecuencia el Antiguo Testamento. El Reino de Dios llega muy sencillamente y en silencio, los poderosos del mundo no se enteran, sino solo los pobres y marginados, porque en lo pobre y en lo marginal llega el Dios que se nos encarna.

Se dice que el Himno a la Alegría del Nuevo Testamento se llama «Magníficat», y es así porque este canto brota de las entrañas de la confianza de María, en ellas crece envuelto en un clima de completo abandono y confianza básica: en la absurdidad de la pequeñez humana de una mujer, su actitud interior es ¡fiarse absolutamente de Dios!

Dios, al poner los ojos en María como la elegida para ser la madre de Jesús, se ha fijado en aquellos dones personales que hacen posible un proceso de sana y liberadora humanización: la fe, la sencillez, la humildad y la confianza.

En María se engendra el comienzo de lo nuevo, nueva humanidad, nueva vida, nueva libertad. Ella es la mujer en quien Dios vive complacido, sus entrañas son humanizadoras de Dios. En sus brazos de madre da comienzo la actitud contemplativa en el asombro de un misterio que la excede. Lo Nuevo se realiza en ella. En ella se concentra todo el novedoso plan y nueva creación que va a ser edificada, pueblo nuevo en la fraternidad de hijos amados del Padre.

No son las excelsitudes de los dogmas lo que resulta admirable en María, sino lo puramente evangélico y lo llanamente humano, aquello en que ha reparado Dios, su adhesión

a Él en fe y disponibilidad generosa, en confianza plena: «Dichosa tú que has creído» (Lc 1,45). La confianza es la grandeza de María.

El sí de María es proclamado con turbación y asombro porque se siente sobrepasada ante lo que le acontece: «he aquí la esclava del Señor, ¡hágase!» (Lc 1,26). La encarnación es la llave que abre la historia de la novedad de vida, y la novedad es Jesús hecho hombre habitando entre nosotros, conviviéndonos.

María, la gran contemplativa, tuvo la intuición de que en su hijo se efectuaba algo nuevo, y nos lo dice con la espontaneidad de mujer de pueblo: «haced lo que él os diga» (Jn 2,5), así, sin más, con la natural sencillez de quien sabe dónde se halla el camino: en Jesús. Y en Él se acaba la espera, porque Él es el esperado de los tiempos, en Él se cumple el tiempo y los tiempos. En adelante todo es camino abierto. No hay ruptura con el Antiguo Testamento, sino continuidad, confirmación y plenitud.

### **NUEVA HUMANIDAD: JESÚS**

El plan creador de Dios es un plan realizador del cosmos y del ser humano. Este plan salvífico de Dios se dirige a un punto concéntrico y expansivo: dar plenitud a la historia, llevarla a su realización plena, a su configuración total. La Biblia en sus dos vertientes de Antiguo y Nuevo Testamento, nos descubre la «Nova et Vetera», lo Viejo y lo nuevo, lo realizado y lo que se está realizando, porque, bajo la eficacia guiadora de la Palabra llegamos a la plenitud de los tiempos que es la Palabra encarnada en Jesús.

Dios se nos quiere revelar a sí mismo, en sí mismo, y para mostrarse a sí mismo lo hace de modo humanamente inteligible, estremece decirlo: ¡humanizándose! Dios se humana en Jesús. Y Él es el rostro pleno de Dios, es decir, todo lo que Dios es en sí mismo lo hallamos en Jesús: «La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros» (Jn 1,14).

Esa irrupción de Dios en la historia lo trastoca todo y lo renueva todo. Ya no es la ley y su pesada carga de normas y prescripciones, sino el amor como única ley absoluta la que ha de regir como criterio fundante para construir la nueva humanidad. Jesús concentra en sí esa ley absoluta y libre del amor. Una historia de amistad que se ha de medir toda ella por el hacer misericordioso, por la sobreabundancia de amor compasivo, con la segura confianza de que, ser buenos es posible. Esta es la Buena Noticia que Jesús trae a la humanidad, entregándose enteramente a los más pobres y desfavorecidos, curando, perdonando, sanando, alimentando, dignificando, ilustrando, liberando. Un caudal de compasión y bondad para todos, una vida donde la esperanza es absoluta confianza de que, el ser humano que somos, viva iluminado desde dentro por el hacer de Jesús, luz de Cristo que brilla en nuestros corazones y que debe ser norma y criterio de nuestro proceder en la vida. Este misterio de amor que hallamos en Jesús, nos dice cómo es el hacer del Padre, su corazón misericordioso y compasivo nos invita a ser encuentro de acogida en ternura fraterna unos con otros.

Jesús nos invita a la alegría, al buen humor y a la confianza de que, el pequeño rebaño que somos, tiene fuerza y capacidad para cambiar la historia de la humanidad, orientándola al buen y bien hacer del Reino de Dios y su justicia. Sin ruidos, como la levadura en la masa, ¡todo fermentará!; como la siembra del trigo que crece entre la cizaña, ¡un trigal florecerá!; sembrando pequeñas semillas de amor, tan pequeñas como la mostaza, ¡crecerá un bosque! El Reino de Dios no se rinde, siempre está actuando, no en donde están las grandes estadísticas masivas de la cristiandad, ni en sus eventos litúrgicos grandiosos, hasta lo ostentoso; lo hace escondidamente, en lo imperceptible. El Reino de Dios crece y se desarrolla

donde hay un corazón que ama y se entrega generosamente, sea creyente, agnóstico o ateo, sea cristiano o judío, sea musulmán o budista. El Reino de Dios no hace distinciones, su identidad es el amor ¡nada más! Provenga de donde provenga, el amor es el sello que avala las obras. Si es amor ¡es Reino de Dios! ¡Démosle la bienvenida! ¡Aprendamos a detectar las semillas del Reino! Y para ello, aprendamos a ser contemplativos, a tener ojos interiores. No discriminando, sino acogiendo: «El que no está contra nosotros está con nosotros» (Mc 9,40).

Que nuestra vida de creyentes tenga el distintivo de la confianza plena, seguros de que todo es un don de Dios, y todo se está realizado a la manera de Dios más allá de las apariencias reales de mal en el mundo. Confiar siempre, a pesar de las situaciones venenosas de destrucción y maldad que quieren ahogar nuestra esperanza.

Que la confianza expulse el temor de nuestra existencia, y aparezcamos con rostro transfigurado por la esperanza y la confianza en este Jesús que nos ama y nos salva. Vivir alegres en la esperanza y estables en la confianza, realidad gestionadora de nuestra convivencia humana. Que la Palabra de Dios no caiga de nuestras manos, y busquemos en ella el certero proceder en la vida.

### **ORAR: ES CONFIAR Y AMAR**

Oramos porque tenemos fe y confiamos en Dios. Dice el salmista: “invoco al Dios altísimo, al Dios que hace tanto por mí” (Sal 56). Ser orante es ser amante. Oradores es sinónimo de amadores. Decididamente la oración transforma el ser, y como resultado de ello queda transformado el hacer. Lo que soy y cómo soy queda demostrado en cómo hago las cosas, por mi comportamiento pongo de manifiesto quién soy, en qué creo y de quién me fío.

Aquel que nos da nueva personalidad produce novedad de vida en nuestro interior, obra misericordia, libertad y ansias de bien. Amar y confiar es un estado de vida que obliga voluntariamente a vivir ejerciendo la confianza amorosa. Y es que el amor va más allá de lo puramente sensible.

Puede suceder que, si el amor está sostenido solo por el afecto sensible, y este falla, desaparece el vínculo y la razón que lo sostenía, y fracasa. Solo la opción por el amor nos capacita para asumir la cruz hasta amar a los enemigos, y esto no es tanto un sentimiento como una convicción, un andar en ejercicio de amor, ser amadores. Es dejar que la gracia orante transforme lo simplemente natural y lo convierta en vida de Dios que, a decir de San Juan de la Cruz: «ya solo en amar es mi ejercicio». Vivir ejercitando el amor hasta ser puro amor.

La oración nos tiene que humanizar al estilo de la humanidad de Jesús, hombres y mujeres para el amor, para la bondad, es decir: «pasar haciendo el bien», y ser celebradores de la vida. Vivir para engendrar amor. Seres humanamente amorosos en la justicia, la paz, la alegría, la libertad, en la confianza mutua y en Dios.

En la vida cristiana todo lo que se piensa y se vive debe estar relacionado con Jesús, su Palabra, su proyecto de bienaventuranza. Incluso pensar debe ser orar. Vidas implicadas con el proyecto de Dios para la humanidad, proyecto de amor solidario con los demás.

Orar crea semejanza, nos configura, y, cuando se transforma el ser de la persona, aparece el ser y hacer de Jesús que nos vive desde dentro, hasta experimentarle más a Él que a mí misma. Él ha crecido en mí, en nosotros, y yo he menguado, como Juan el Bautista, que no se señala a sí mismo, sino a Jesús: «he ahí el cordero de Dios» (Jn 1,29).

Ser orante es estar comprometido con la Buena Nueva del Reino. Mi primer compromiso de vida cristiana en lo referente a la justicia, es cada hermana que tengo a mi lado, un hacer atento, amoroso y particularísimo con cada una, desde la convicción evangélica de quien asume las entrañas de misericordia de Dios, y no desde el sentimiento sensible con sus simpatías o antipatías que nos hace parciales y discriminadores. Ser compasivos con los que sufren, llorar con los que lloran, alegrarnos con las alegrías de los demás. Integrar el espíritu de las bienaventuranzas como garantía de adquirir una mente y un corazón como el de Jesús, al agrado de Dios, llenos de saludable confianza.

El camino de seguimiento de Jesús es siempre exigencia, pero Dios en su pedagógica paciencia con cada uno de nosotros, no solo permite sino que incluso quiere que cada paso que implica un cambio, una superación y una mutación, sea dado no solo cuando en nosotros se hace la luz, o se tiene la comprensión, se sabe cómo y por dónde, sino cuando ¡por fin!, nos es dada la fuerza del Espíritu que nos ayuda a dar el paso y realizar la acción. Solo entonces es cuando realmente en nosotros se produce la transformación. De ahí que el proceso de la conversión sea tan lento, porque comporta una metamorfosis que va transmutando el gusano en mariposa, humanizándonos al modo de la humanidad de Jesús. Al fin, nuestra vida cristiana de seguidores de Jesús es siempre una reducida imitación del Jesús terreno, cómo vivió, cómo amó, cómo se entregó, hasta consentir ser llevado a la cruz.

Ser cristiano, vivir cristianamente significa vivir generando amor. El seguidor de Jesús no puede más que amar y decirlo con la vida, ejerciendo el amor en el cada día de la historia. Creer implica confiar, quien confía ora, dialoga con Jesús. Orar amando, orar obrando, orar dialogando, orar compartiendo, orar en el silencio contemplativo. Orar es amar, es fiarse de Dios, y darnos una oportunidad a nosotros mismos.

### **CELEBRADORES DE LA VIDA: SER EUCARISTÍA**

La eucaristía es celebrar a Dios en la vida del hombre, y es comunión del hombre con la humanidad. La eucaristía es celebrar la convicción profunda de que el amor tiene sentido, y de que es la única manera de hacer que la vida sea vivible. Que todos los seres humanos celebren el pan de la dignidad y el vino de la fiesta en la comunión de la fraternidad, es compartir el bien que somos para la dignidad de todos. Mesa abierta y bien dispuesta, banquete del Reino donde se sacia la menesterosidad humana.

Ser y celebrar la eucaristía es ser celebradores de la vida. La eucaristía es el centro de nuestra fe por el don de la Palabra y la presencia de Cristo entre nosotros. Ella abarca la totalidad del cristianismo, y en ella se expresa la fe y la oración más colmada. No solo la oración individual, sino la oración comunitaria que asume en sí toda la humanidad y la presenta al Padre. La eucaristía no puede ser reduccionista, sino centro de acogida para toda la humanidad; cada ser humano debe encontrar hospitalidad y puesto, lugar donde saciar su hambre y hallar reposo. La eucaristía muestra su credibilidad, su veracidad, cuando somos fieles a Jesús y a su proyecto de liberación, cuando vivimos la verdad de la fraternidad unos con otros.

Si la celebración eucarística no pone de manifiesto toda esa exigencia evangélica de amor al prójimo, si no nos espolea desde dentro para purificar lo que en nosotros todavía está por crear semejanza y ser transformados al modo de Jesús, procediendo en actitud de bienaventuranza, de no ser así, nuestras eucaristías pueden convertirse en adoración idólatra y no comunión con Dios y los hermanos. Es el vínculo del amor lo que hace real la

eucaristía en espíritu y verdad. Si la eucaristía no va celebrada desde la vertiente del amor, puede suceder que se repartan muchas hostias y pocas comuniones.

Tampoco se trata de reducir la eucaristía a meras celebraciones oficiales, sino sacarla de lo oficialmente establecido y llevarla a la vida. El creyente, todo el pueblo de Dios que está adherido a Jesús, es sacerdote y profeta, por lo cual, todos somos hacedores y celebradores de eucaristía, todos hemos sido llamados a vivir y reproducir lo que hizo Jesús, porque: «donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18,20), y Jesús, en medio de nosotros nos invita a hacer lo que Él hizo: «haced esto en memoria mía» (Lc 22,19). La eucaristía forma parte del discipulado, es del y para el discipulado.

Tenemos derecho y podemos tener intrépida osadía para salir del estancamiento que el sistema eclesial ejerce sobre la base. Desde la fe que confía, valernos de la necesaria libertad para sacudirnos el yugo que nos somete, y saber que nadie es señor ni maestro sino solo Jesús. Los seguidores de Jesús, quienes vivimos adheridos a él, somos servidores del Reino. Los caminos que llevan a Dios son numerosos, y cada persona debe encontrar el suyo para hacer de su vida una experiencia de amor y libertad. Es conveniente mantener una segura confianza en nosotros mismos, en la comunidad y en Dios. Ser celebradores de eucaristía en la vida de cada día, ofreciendo mi pan y acogiendo el ofrecido por el hermano. Eucaristía es dar y recibir el don de Dios que hay en nosotros. Vivir ofrecidos. Ofrecer el don que hay en mí, y acoger el don que se me ofrece de parte del hermano. Dar y recibir hace eucaristía.

## **NUESTRO TIEMPO: NUEVO PARADIGMA**

Nada está hecho definitivamente, la vida es camino abierto, la historia avanza hacia delante. La creatividad es propia del ser humano que vive su libertad como una posibilidad creadora. Cada tiempo es tiempo único, y no podemos ser meros reproductores del pasado. Jesús es novedad de vida, y la novedad es nuestra oportunidad realizadora del ser humano a manera del Reino y semejanza con el Padre.

Jesús fue un judío fiel hasta el fin de sus días. Él no rompió con el judaísmo, sino que lo sacó de la interpretación escriba-farisaica-saducea, para abrirlo al amplio discernimiento de lo que es voluntad de Dios, y no reduccionismo racional humano. Su manera personal de vivir lo convirtió en un judío marginal, alejado y opuesto al judaísmo oficial del Templo y sus sacerdotes. Y se apoyó en su radical confianza al Padre para erguirse como camino, verdad y vida. «Hizo de la religión una experiencia de amor. Haciéndose don total para los demás» (C. M<sup>a</sup> Martini)

Nuestro momento histórico se halla inmerso dentro de una novedad antes jamás conocida, ya casi no tenemos nombre propio para definirlo, decimos «posmodernidad». Los sofisticados medios de la informática han transformado la vida, y el ser humano queda afectado hasta generar un nuevo tipo de ciudadano. La inmigración ha traído nuevas culturas y maneras de vivir entre nosotros, a lo que llamamos «pluralidad». El desarrollo tecnológico es imparable y todo está siendo pensado, hecho y prosperado desde los nuevos métodos.

El sabio teólogo Hans Küng dice muy acertadamente: «Precisamos más que nunca no solo el puro saber informativo, sino el saber orientativo: coordenadas y metas claras» y añade: «Lo primero que necesita la persona, toda persona, es la confianza en la vida, una confianza radical, una confianza existencial».

Asistimos a una profunda crisis de valores. Hace falta mantenernos asidos a Jesús desde la confianza segura de que Él inspirará en nosotros un nuevo giro de timón para orientar la realidad hacia los valores estables del Reino de Dios, dando una nueva estabilidad interior al ser humano, un nuevo comienzo para una era espiritual-intelectual-científica-racional-social-política-humano-comunitaria, donde todo se haga entre todos, no tanto desde liderazgos particulares, sino desde el diálogo consensuado, participativo y acordado. Un nuevo paradigma orientativo.

Confianza, al fin, entre los creyentes de todas las religiones, volver a las bases fundantes de la fe, para vivir aunados ecuménicamente, en el empeño de un mundo en la paz, el progreso y la libertad. Confianza en Dios y en las personas para una humanidad nueva en la dignidad de hijos de Dios y no esclavos de amos y señores de este mundo. Nadie por encima de nadie, sino al servicio mutuo.

«No habrá paz entre las naciones  
sin paz entre las religiones;  
ni habrá paz entre las religiones sin diálogo entre estas,  
sin el estudio de sus fundamentos». (Hans Küng)

## **CONCLUSIÓN**

Que los tiempos venideros nos hallen interiormente robustecidos en la fe que confía, en la sólida y alegre esperanza y el amor creativo, para la solidaridad mundial dentro de la gran pluralidad de la ya imparable globalización humana.

Asumir la actitud de confianza como un reto vital que nos reafirma en un sí a la vida, sí a Dios y al ser humano, sí a un mundo en la paz y la libertad para todos, donde la alegría, la fiesta, el trabajo y la convivencia se desarrollan con natural espontaneidad, más allá de los impedimentos obstaculizadores del camino. No desfallecer en el intento de una confianza radical en la vida, en favor de una nueva humanidad.

Anna Seguí Martí

Puçol, 27 – diciembre, 2013